
ROMANCE DE ACULCO.

A la orilla del camino
Que llaman de Tierradentro,
Que va entre inmensas llanuras
Cercadas á largos trechos
Por elevadas montañas
Y por empinados cerros,
En una hermosa hondonada,
De Arroyozarco no léjos,
San Gerónimo de Aculco
Asoma el humilde aspecto.
Es una verde llanura
Con unos pelados cerros,
Y es un conjunto de chozas
Que quiso llamarse pueblo,
Que el hábito no hace al monje,
Ni sirve para mi cuento.

En la llanura, Calleja
 De Hidalgo se halla en acecho,
 Porque así el Virey lo manda,
 Y la orden tuvo en Querétaro.
 Hidalgo, desde las Cruces
 Se retiró satisfecho,
 En medio, no ya de tropas;
 Sí de tumultuoso pueblo,
 Que celebrando victorias,
 Mas sin rumbo ni concierto,
 Coronaba las alturas
 Desordenado y contento;
 Pero gérmenes de muerte
 Desarrollando en su seno
 Están entre los caudillos
 Las serpientes de los celos.
 De lo que Hidalgo concierta,
 Allende reclama el premio:
 Uno detesta á los Reyes
 Y el otro al Rey es afecto,
 Mas la causa de las causas
 Está en la tiniebla envuelto;
 Aun tiene la historia sombras
 Que no disipa el misterio
 Y mucho hago levantando
 Sólo la punta del velo,
 Que trastorna conjeturas
 Y que confunde sucesos.

Cuando Calleja acomete
 Se tornan tumulto inmenso
 El vasto campo de Hidalgo,
 Sus trenes y sus guerreros,
 Y se usurpa la sorpresa
 Los lauros del vencimiento.
 Derrámanse en la llanura
 Grupos de extraviado pueblo,
 Como la tromba marina
 Brotá de la mar, barriendo
 Las atropelladas olas
 Que le salen al encuentro.
 Carruajes, trenes, tesoros,
 Pertrechos de guerra inmensos
 Intrépido salva Allende
 Retirándose en concierto.
 En las masas infelices
 Ceba Calleja el despecho,
 É inmola su alma de hiena
 A rendidos prisioneros.
 Hidalgo se encuentra aislado,
 Y sigue firme y resuelto
 A Valladolid su marcha,
 Donde pronto le hallarémos.
 Allende, con lo que salva
 De sus bravos compañeros
 A Guanajuato se lanza
 En rápido movimiento.

Calleja al Virey escribe,
 Vano, orgulloso, contento:
 "La insurreccion es vencida;
 "Ya la insurreccion ha muerto;"
 Y así afirman los serviles
 Entre entusiastas festejos.
 Así, cuando se percibe
 De pronto un claro de cielo
 Y los relámpagos cruzan
 En nubarrones dispersos,
 No se mira que otras nubes
 Que retumban á lo léjos
 Como flotando esparcidas
 Empujadas por los vientos,
 Harán más recio el estrago
 Si invaden de nuevo el cielo,
 Estremeciendo la tierra
 Con su retronar violento

En pos de Allende, Calleja,
 Dejando á Hidalgo, va presto,
 Y renueva Guanajuato,
 En el formidable encuentro,
 Del horror de Granaditas
 Los sucesos estupendos;
 Pero esta vez la fortuna
 Condenó á martirio al pueblo.

ROMANCE DE FLON Y CALLEJA EN GUANAJUATO.

Allende va derrotado
 Camino de Zacatecas,
 Y sabe México entónces,
 Con orgullo de Venegas,
 Que en Guanajuato sangriento
 Entra vencedor Calleja,
 Incontenible, rabioso
 Por la reciente pelea.
 Era un tigre que en la sangre
 Se revuelca de su presa,
 Y sus instintos feroces
 Sus recuerdos le despiertan.
 Los aullidos de tormento
 Vibran gimiendo en las peñas,
 Las garras de la venganza
 Caliente sangre chorrean;

Era como en un rebaño
 Un asalto de panteras.
 Manda tocar á degüello;
 Los soldados, con fiereza
 Incendian, rompen, destrozan,
 En gente inerme se ceban,
 Y miembros despedazados
 Carros y caballos huellan.
 En ese huracan de espanto,
 En la tempestad deshecha
 De terror, un fraile augusto
 Fué al Conde de la Cadena,
 Y el bravo Flon, con asombro
 Su fiero corcel refrena.
 El fraile, grande, severo,
 Con voz que vibrante suena,
 La siniestra levantada
 Y un Crucifijo en la diestra.
 Grita: "Señor, la matanza
 "Te pide que se contenga
 "Este Dios, que justiciero
 "Tiene que pedirte cuenta."
 Y es su mirar tan ceñudo
 Y es su actitud tan suprema,
 Que el Conde quedó en su puesto
 Como si fuera de piedra,
 Y cual por mágico encanto
 Se apaciguó la tormenta.

El fraile cruzó la turba
 Llevando el Cristo en su diestra,
 Y los fieros asesinos
 Se descubren las cabezas.
 "¿Quién es—pregunta la gente—
 "Ese que doma las fieras?"
 "Es Belaunzarán," repiten
 El pueblo y los de Calleja,
 Miétras el fraile, tranquilo
 Va caminando á su celda.

Los rigores de Calleja
 No por esto se sofocan;
 Diezma feroz los soldados,
 Arrastra cruel á las horcas
 Que por doquiera levanta,
 A prominentes patriotas,
 Del seno de las familias
 Robados á sus esposas . . .
 A tí, Chovel, el apuesto,
 Al que las ciencias coronan,
 A quien tiene el doble lauro
 De los sabios y patriotas,
 A tí condena el tirano
 A una muerte ignominiosa,
 Y de tu sangre anatemas
 Contra su recuerdo brotan.

Y no escribió esos anales
 Con escándalo la historia,
 Por espanto de la sangre
 Y el terror de las derrotas;
 Escribió con mano incierta,
 Porque esos males se agolpan,
 Por dar pábulo á sus odios,
 No por la lucha horrorosa,
 Sin combate, entre la gente
 Que al vencedor se abandona.
 ¡Ay de tí, feroz Calleja,
 Y ¡ay de tus grandes victorias!
 En política, el abismo
 Que abre mano destructora
 Con la matanza y la sangre,
 En vez de cerrar, se ahonda.
 Calleja, de Guanajuato
 Ya se aleja con sus tropas,
 Y en el pueblo quedan rastros
 De su sangrienta memoria,
 Cual los que deja el incendio
 Con llama desoladora.

ROMANCE DE GUADALAJARA.

Bajo su dosel sentado,
 Gran baston y gran casaca,
 Dominador y gestudo
 Está don Roque de Abarca.
 Grueso abdómen, torva vista,
 Sombrero al tres, barba cana,
 Imperante, jactancioso,
 Que manda en Guadalajara,
 Y que contra la insurgencia
 La quiere poner en armas.
 Todo en contorno son furias,
 Los ojos despiden llamas,
 Las blasfemias, de las bocas
 Como flechas se disparan.
 “¡A combatir!” gritan todos,
 “¡Guerra! ¡guerra! ¡al arma! ¡al arma!”

Son fortalezas los templos
 Y son cuarteles las plazas:
 Los beatos limpian fusiles
 Y hacen cartuchos las beatas,
 Pues Dios es ántes que todo,
 Y ántes que todo es el alma.
 Los que matan insurgentes
 Es cual de fe, que se salvan:
 El que perece en la lucha
 Tiene de mártir la palma.
 Ya el clarin en roncocos ecos
 Terror y muerte proclama;
 Los fosos abren sus fauces
 Y sus brazos las murallas.
 Pero ¿qué quiere ese grupo
 De figuras tan extrañas?
 Era de Dios la falange,
 Era *la Santa Cruzada*:
 Los frailes de los conventos,
 De charreteras y espadas,
 Con espuelas los calzados,
 Remangadas las mortajas,
 En rocinantes inquietos
 De la más risible traza;
 Los clérigos, como pueden
 Acomodan sus sotanas,
 Y curas y sacristanes
 Y demas broza eclesiástica,

Recitando el *Miserere*
 Cierran la curiosa marcha.
 Se alza en medio la bandera
 Como una extendida sábana,
 Con su cruz roja en el centro
 Que ocupa más de tres varas.
 En vez de al clarin, tal tropa
 Obedece á la campana,
 Y acurrucado en un rucio
 Mal acometido de asma,
 Como general augusto
 Marcha el Obispo Cabañas,
 Con su sombrero morado,
 De raso verde la falda;
 Y como su vieja mano
 No puede blandir la espada,
 Marcha echando bendiciones,
 Y toda la grey cristiana,
 Con lágrimas en los ojos,
 Se arrodilla cuando pasa,
 Y jura rencor á Hidalgo,
 Que es de Satanás estampa,
 Y á los herejes que siguen
 Sus sacrílegas pisadas.

ROMANCE DE JOSÉ ANTONIO TORRES.

I

En los campos de la Barca
Como sol está brillando
La Virgen de Guadalupe
En la bandera de Hidalgo,
Que Torres, don José Antonio,
Con esfuerzo ha levantado,
Pagando con su dinero
Sus armas y sus soldados.
Érase don José Antonio
Labrador recto y honrado,
Con una alma muy más limpia
Que de nieve copo blanco;
Tan noble como valiente,
Tan fino como esforzado,
Dulce con los infelices,
Con los vencidos humano,

Con el enemigo noble,
 Franca bolsa, fino trato,
 Sin ponzoña sus palabras
 Y su mirar sin engaño.
 No era dechado de grandes
 En el molde cortesano;
 Pero era del caballero
 El modelo y el dechado.
 Este Torres, levantaba
 El estandarte de Hidalgo
 En los dominios de Abarca
 Y de la Barca en los campos.
 El intendente, iracundo
 Por tan feroz desató,
 Para anonadar á Torres
 Destina al oidor Recacho,
 Que deja á Guadalajara
 Escarmientos augurando.
 Ya se avistaron las fuerzas:
 Torres, ordenado y cauto,
 Espera, envuelve y destroza,
 Incontenible, á Recacho,
 Que aturdido y sin sombrero,
 Sin armas y sin caballo,
 No encontrando otro refugio
 Contra el esfuerzo contrario,
 Acógese al señor Cura
 Que sale del templo santo

Con la frente descubierta
 Y la custodia en las manos.
 Los soldados se arrodillan,
 El arma rinden con garbo,
 Y le tributan honores
 Al Señor Sacramentado:
 Miéntras, se ase del vestido
 Del señor Cura, Recacho,
 Y así en un coche se instalan
 Que marcha entre los soldados,
 Y entran en Guadalajara
 Su victoria proclamando.
 Torres marcha circunspecto;
 Como un cadáver Recacho,
 Oculto tras la custodia
 Su semblante demudado.

 II

Apénas Guadalajara
 Sabe la triste derrota,
 Que la noticia dispersa,
 Como huracan á las moscas,
 Los finchados mandarines
 Y la Cruzada famosa.
 Don Roqué Abarca se oculta
 Y ni la nariz asoma;

Para San Blas el Obispo
 Despavorido galopa,
 Con una gran caravana
 Que se espanta de su sombra;
 Pero que al paso recoge
 Lo que el erario atesora.
 Torres enfrena la plebe,
 Torres los odios embota:
 No hay una mancha de sangre,
 Y no hay de llanto una gota.
 Al malvado se reprime,
 La opinion no se extorsiona,
 Brilla la santa justicia
 De libertad con la pompa,
 Y se sienten orgullosos
 De su triunfo los patriotas.
 Tú eres, Torres, quien escribes
 Esta página de gloria,
 Hijo rudo de los campos,
 Alma noble y generosa
 De quien México no ensalza
 Tal cual debe la memoria.

ROMANCE DE HIDALGO EN GUADALAJARA

Y REUNION CON ALLENDE.

Resueltas, briosas, alegres,
 Como en animada fiesta,
 Las tropas del Cura Hidalgo
 De Valladolid se alejan,
 Adonde entraron dolientes
 Porque fué la suerte adversa
 En la campaña de Aculco,
 Cuyas heridas no cierran
 Y aquella Guadalupe
 Gala y flor de nuestra tierra,
 Que por lo lindo enamora
 Y por lo grande recrea;
 Hurí que juega entre flores,
 Airosa y gentil gacela,
 Esbelto y gallardo almendro
 Que olorosas flores riega